

que prosternado ante la sagrada Eucaristía, adoraba profundamente lo que ántes habia blasfemado! Desde aquel momento el Chablais y las vecinas bailías volvieron á ponerse totalmente bajo la obediencia de la iglesia; se profesó únicamente la religion católica, los ministros de la herejía se retiraron, y se dió para siempre á Francisco de Sales el título de apóstol de aquellos contornos.

¡Oh habitantes de esas dichosas regiones á quienes él sacó de entre las sombras de la muerte, pueblo de adquisicion, raza escogida! Plegue á Dios que la fe que de él recibisteis florezca para siempre entre vosotros! ¡Ojalá conserveis el tesoro de vuestras puras creencias! ¡Ojalá que el nombre de vuestro libertador unido al de Pedro y al de la santa iglesia romana, sea repetido con reconocimiento sobre vuestras montañas hasta las mas remotas generaciones, y que jamas el espíritu de discordia y de mentira vuelva á turbar la paz que disfrutais, y á oscurecer la luz que os ilumina!

No seguiré, señores, á nuestro conquistador evangélico en todos los demas teatros en que desplegó su ardoroso celo; me contentaré con decir que este celo apostólico jamas se disminuyó hasta su muerte; que ántes y despues de su obispado emprendió largos y penosos viajes para afirmar y extender el imperio de Jesucristo; que por donde quiera que anunció la palabra de Dios, por donde quiera que pasó, en las cortes, en las ciudades, en los campos, en todas partes hizo la religion amable á los soberanos y respetable á los grandes; reformó las públicas costumbres, refrenó la licencia militar, obró conversiones sin número y arrancó millares de víctimas de las garras del error. Despues de las profundas heridas que causara á la herejía, poco faltó para haberla dado un golpe mortal abatiendo la cabeza principal de esta hidra ponzoñosa. El mismo Beza sucesor de Calvino, jefe y oráculo del partido, no pudo escuchar á Francisco sin conmoverse. Despues de algunas conferencias casi llegó á confesar su derrota, y ya comenzaba á tratar de su reconciliacion con Roma. Pero ¡oh designios incomprensibles de la divina justicia! El heresiarca en el momento decisivo pide todavía algunas treguas. Fuertemente aprisionado por el orgullo y por otras cadenas aun mas vergonzosas, deja escapar el momento de la gracia, que no volvió á presentarse. ¡Infortunado anciano! Tú tuviste un tardío arrepentimiento: moriste

pronunciando el nombre de Francisco, y fuiste á comparecer ante el tribunal de Dios sin haber reparado los ultrajes hechos á su iglesia, mientras que aquel que en vano te alargara una mano auxiliadora reconducia con éxito mas feliz al redil de su Dios una multitud de ovejas descarriadas por tus lecciones y ejemplos.

Tal fué, hermanos míos, el apostolado de nuestro santo: tales fueron sus trabajos, sus combates y sus triunfos. ¡Oh Dios, que en un tiempo de error y de vértigo suscitasteis á este hombre poderoso en obras y en palabras para defender vuestra causa y salvar una muchedumbre de almas que perecian! Dignaos suscitar para nuestra salud en este siglo mas ciego aun y desdichado que el suyo, apóstoles que le asemejen; armadles como á él de aquel ascendiente de la ciencia, de aquella fuerza de la verdad que sojuzga á los espíritus rebeldes; armadles asimismo de aquella dulzura virtuosa que cautiva los corazones y de la cual fué un perfecto modelo! Ved aquí lo que voy á manifestar en mi

SEGUNDA REFLEXION.

¡Qué idea tan falsa se forman de la piedad cristiana los que se atreven á mirarla como una virtud austera y salvaje semejante á la arrogante dureza de ciertos sabios de la gentilidad! El divino fundador del cristianismo era manso y humilde de corazon; él ocultaba su majestad y su poder para hacer únicamente ostensible su misericordia y su bondad; todas sus palabras respiraban indulgencia y amor; sus acciones eran otros tantos beneficios; él llamaba á sí todos los afligidos para consolarlos, todos los enfermos para curarlos; todos los pecadores para perdonarlos; oponia á los ultrajes la paciencia, al furor los testimonios mas inequívocos de ternura; lloraba sobre la pérdida Jerusalem, abrazaba á Júdas, y rogaba por sus verdugos. Todo su Evangelio no es otra cosa que una ley de clemencia y de caridad. « Id, decia á sus discípulos, yo os envío como ovejas en medio de los lobos; amad á vuestros enemigos; bendecid á los que os maldicen; haced bien á todos á imitacion de vuestro Padre celestial que hace salir el sol indistintamente sobre los buenos y los malos. ¡Bienaventurados los que padecen por la justicia! ¡bienaventurados los mansos! »

¿Quién comprendió mejor y practicó con mas fidelidad estas lecciones que Francisco de Sáles? ¿Hay algun santo que le haya sobrepujado en mansedumbre y benevolencia hácia los hombres? Esta virtud forma su carácter distintivo, hasta tal punto, que es imposible nombrarla sin que al momento se presente al espíritu la idea del santo obispo. Los triunfos que Francisco consiguiera de la obstinacion de tantos herejes, mas bien son debidos al atractivo de su dulzura que á la fuerza y elocuencia de sus discursos. Otros hubieran podido como él refutarlos y convencerlos; pero él solo, como decia un célebre y sabio cardenal (1), tenia el don de convertirlos. El principio de los errores no ménos que el de las pasiones, reside siempre en el corazón. Miétras este no se conquiste, la victoria será indecisa. ¡Cuántos impíos hay persuadidos de que la doctrina de la impiedad no es en el fondo mas que mentira! ¡Cuántos pecadores que interiormente condenan sus propios desórdenes! Pero ay! ellos aman esa doctrina á pesar del convencimiento de su debilidad; aman esos vicios aunque interiormente les causan rubor. Por eso cuando lanzamos nuestras invectivas contra esos ídolos queridos, no pueden ménos de irritarse contra nosotros y aborrecernos, y frecuentemente por ahogar los remordimientos que excitamos, se sumergen mas que nunca en el abismo del mal. Oh! si supiésemos insinuarnos dulcemente en las almas, si adoptásemos ese lenguaje tierno y atractivo que sabe hallar gracia á la verdad, que inspira el amor de la virtud y hace conocer al culpable su propia desgracia, obtendríamos indudablemente resultados mas felices. Pues hé aquí el santo artificio de que usaba Francisco de Sáles. No se contentaba con probar á sus oyentes que caminaban á la perdicion: él los convencía aun mas de que en su persona tenían un padre compasivo, un amigo fiel, pronto á dar por ellos su propia vida. En sus ojos leían todos la ternura de su caridad, su voz penetraba hasta el fondo de las entrañas, y la unción de sus palabras enternecía los corazones mas duros. Hubiérase podido resistir á sus razones, pero no era posible dejar de ceder á su amor; cualquiera se confesaba sin repugnancia vencido por la fuerza irresistible de tanta dulzura y bondad. Por efecto de su condescendencia hácia los pecadores, viéronse acudir á él de lejanas tierras hom-

(1) *El cardenal du Perron.*

bres envejecidos en la iniquidad, que mucho tiempo hacia sostenian una penosa lucha contra su propia conciencia, sin poder resolverse á hacer la acusacion de sus crímenes. Á su vista llenábanse de confianza, descubrian sus mas horrorosas llagas á este médico caritativo, no recelaban dejarlas tocar por una mano tan misericordiosa, recibian el remedio saludable de la penitencia, y tornaban á sus hogares llenos de alegría, bendiciendo á aquel que les habia reconciliado con Dios y consigo mismos.

¿Acaso me seria posible referir todos los prodigios obrados por el encanto de su dulzura? Sola la serenidad de su frente calmó mas de una vez las pasiones mas violentas, apaciguó sediciones, extinguió odios, hizo caer de las manos el hierro homicida, disipó las mas negras sospechas, ahuyentó las penas mas sombrías, atrajo eficazmente á la piedad almas mundanas que á su simple vista concebían todas las delicias que encierra la virtud. La paz del Espíritu santo moraba de asiento en aquel corazón tan puro y lleno de calma. De allí extendiéndose á sus facciones y á todo su exterior, daba á sus movimientos una igualdad, una moderacion, una gracia que hechizaba los ojos y comunicaba á toda su persona una especie de belleza ménos humana que celestial, que causaba respeto y arrebatava el amor; de tal suerte que se le pudieron aplicar aquellas palabras del Profeta: *tu gallardía y hermosura te dan la victoria y el imperio: Specie tua et pulchritudine tua intende, prospere procede, et regna* (1).

¿De quién sino de Francisco de Sáles pudo decirse que desde su mas tierna infancia hasta el fin de sus días no hubo quien jamas advirtiese en él el menor movimiento de cólera, ni oyese de sus labios una palabra ménos mesurada, ni viese el menor signo de impaciencia ó de mal humor? No hubo importunidad, ni contradiccion, ni mal tratamiento, ni injuria que fuese capaz de inspirarle el mas pequeño resentimiento, ó de turbar un solo instante su inalterable tranquilidad. Y no se crea que esta paciencia tan maravillosa fuese en él efecto de debilidad ó falta de valor; puesto que por usar de la expresion de una santa formada en su escuela, « así como jamas hubo un espíritu mas suave, condescendiente, gracioso y afable, tampoco hubo un

(1) *Psalm. 44. v. 5.*

alma tan animosa, generosa y atrevida para sufrir los trabajos y llevar á cabo las empresas que Dios le inspiraba (1). Basta la mision del Chablais para probar si él se detuvo jamas ante los trabajos ó se amedren'tó á vista de los peligros.

La dulzura cristiana cuando es llevada á un grado de perfeccion como al que llegó en el corazon de Francisco de Sáles, no tanto debe considerarse como una virtud particular, cuanto como la consumacion y madurez de todas las demas virtudes, y sobre todo del desprendimiento evangélico y de la humildad.

¿Qué necesidad tenemos de decir que Francisco estaba desprendido de las riquezas, de los goces de la vida, y aun de la vida misma, cuando le vemos sonreír dulcemente ante aquellos que con manifiesta injusticia le despojan de sus bienes, no mostrar sino complacencia y alegría en medio de las fatigas, incomodidades y privaciones de todo género, y conservar la paz en el seno de enemigos que le tienden asechanzas, y de asesinos que intentan su muerte?

¿Qué necesidad de probar que fué humilde, al verle tolerar con una tranquilidad tan maravillosa las mas odiosas calumnias? No haré mención aquí mas que de un solo hecho. Era el año doce de su obispado; su nombre se repetía con veneracion en la Europa, y se pronunciaba con gloria en toda la iglesia. De repente suscítanse en el seno mismo de su rebaño las sospechas mas deshonrosas contra él; es acusado de un delito infamante; una carta hábilmente supuesta autoriza la impostura; muchedumbre de personas considerables y del pueblo se dejan engañar, y por donde quiera se oyen repetir estas tristes palabras: «¿Quién hubiera creído que el obispo de Ginebra fuese un impostor?» Él oye este ruido, pero no se conmueve; conoce al autor de la pérfida trama, mas no le descubre. Sus amigos le reprochan un silencio que puede comprometer el honor del episcopado; y él les dice con sencillez esta expresion sublime: «Si mi reputacion es útil á la iglesia, Dios sabrá conservarla.» Y cuando al fin el infeliz calumniador, herido por la justicia divina, confiesa al espirar su iniquidad, el inocente justificado, léjos de manifestar alegría, léjos de pensar en su triunfo, llora á su enemigo que ha dejado de existir, ordena preces públicas por su descanso eterno, y se aflige de no haber podido darle un beso de paz ántes de su muerte.

(1) *Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.*

¡Oh dulzura incomparable! ¡Oh virtud fruto y flor de todas las virtudes! ¡Oh moderacion que solo puede hallarse en un corazon muerto á sí mismo y á todas las cosas y transformado en la mansedumbre del corazon de Jesus!

Esta seria la ocasion de pintar á ese hombre tan suave, á ese tierno y caritativo pastor en medio de sus ovejas, mostrándolas siempre un semblante sereno para atraerlas, y sus brazos abiertos para recibirlas, llamándolas á todas por su nombre, sosteniendo á las débiles, llevando sobre sus hombros á las que caen, siguiendo á las que se extravían, curando á las que están heridas ó enfermas y prodigando á todas sus cuidados, sus consuelos y sus beneficios, sin cansarse jamas de sus importunidades, ni de sus continuas necesidades, cual madre amorosa á quien no importuna el llanto, ni enfadan los gritos del infantil que cria á sus pechos. Ah! Séame permitido repetir sus palabras llenas de la mas encantadora sencillez; dejemos á Francisco de Sáles expresar sus propios sentimientos; escuchemos el lenguaje de su corazon. «¿Qué son, decia en una ocasion, todas esas personas que unas tras otras se agolpan hácia mí y apenas me dejan tiempo para respirar? Son hijos que se apresuran á lanzarse en el seno de su padre.» Despues adoptando una comparacion del Evangelio, cuya sencillez no creo pueda chocar á vuestra delicadeza, añadía: «A la manera que una gallina no se irrita cuando sus polluelos acuden á ella todos á la vez, ántes bien extiende sus alas para cobijarlos, así yo siento dilatarse mi corazon en proporcion que se acrecienta el número de esas buenas gentes.» ¡Dichoso el pueblo á quien Dios en su amor diere tal padre y tal pastor!

Bien así como los frutos adquieren mayor dulzura á medida que se aproximan á la madurez, el alma de Francisco de Sáles era tanto mas suave, cuanto mas este avanzaba en edad. En su vejez se le reprendió de haber llevado hasta el exceso la indulgencia. Su mismo hermano, prelado virtuoso á quien asoció á su solicitud pastoral haciéndole sentar á su lado en la silla episcopal de Ginebra, le hacia cargo de esto como de una debilidad. No podia excusar sobre todo la presteza con que el santo anciano rompía los hierros de los culpables detenidos en la prision episcopal, tan luego como daban las menores señales de arrepentimiento ó vertían á sus piés algunas lágrimas. Suscitóse acerca de esto entre los dos hermanos, tan unidos en lo demas,

una especie de contestacion, en la que la severidad del coadjutor hubiera tal vez podido prevalecer sobre la dulzura del obispo, si el Señor no hubiera intervenido y declarándose en favor de este último por medio de un brillante prodigio. Permiidme que os le refiera en dos palabras. Un dia que acababa de ser conducido á la prision un criminal á quien los remordimientos y el furor causaran una enajenacion mental, y cuyos trasportes eran tan violentos que nadie se atrevia á acercarse á él, el santo conducido por la caridad y fortalecido con un aviso interior del cielo, entra sin temor, manda abrir, á pesar de las representaciones de los que le rodeaban, la barrera que le separa de aquel desdichado, le toca, le sana, y le envia libre y virtuoso.

Es pues cierto, Señor, que vos amais la dulzura y la misericordia porque vos mismo sois dulce y misericordioso. Por medio de esta virtud os agradó vuestro siervo David, y se hizo un rey segun vuestro corazon. Su pueblo lo sabia, y cuando queria obtener de vuestra bondad los mas preciosos favores, no juzgaba poder alegar un título mas poderoso que la dulzura de aquel buen rey, y por esto decia: Acordaos Señor de David y de su gran mansedumbre: *Memento Domine David et omnis mansuetudinis ejus* (1).

Ved ahí, oh Dios y Señor nuestro, la plegaria que hoy os dirige este pueblo congregado á admirar las heróicas virtudes del ínclito Francisco de Sáles. Acordaos de la dulzura y mansedumbre de ese vuestro siervo que forma nuestra gloria, y en su virtud derramad sobre este país que lo fuera suyo, el torrente de vuestra gracias. Consoladnos en nuestras desgracias, concedednos una paz que cicatrice las hondas heridas que en nuestros corazones abriera el genio del error, afirmad entre nosotros el edificio de la religion que vuelve á levantarse sobre sus antiguas bases. Devolvednos la fe, la piedad y todas las virtudes de nuestros padres; para que siendo como ellos fieles á vuestros divinos preceptos, merezcamos un dia recibir la eterna recompensa que nos teneis reservada en el seno de la inmortalidad.

(1) *Psalm.* 131. v. 1.

SERMON

DE SAN FRANCISCO DE SÁLES.

(DE BORDOY.)

Ordinavit in me charitatem.

Ordenó en mi la caridad.

Cánt. 2. v. 4.

Quando voy á formaros el elogio del grande obispo de Ginebra Francisco de Sáles, aturdido al ver en un solo hombre tantas maravillas, virtudes tan heróicas, obras tan raras y efectos tan admirables, no puedo ménos de preguntar admirado con los judíos enviados al Precursor, y atónitos de ver un hombre salir de la oscuridad y del desierto para predicar con tanta energia en todos los pueblos, ¿quién eres tú? Decidnos vos mismo, ó gran Francisco, ¿quién sois vos? Quién sois, que así de golpe entraís á la santidad por la parte mas alta y heróica? quién sois, que así os presentais solo á un infinito gentío de herejes que solo conoce en vos títulos para aborreceros? y los convertís á todos; ¿quién sois, tan poderoso en obras y palabras? Sois acaso Elías? pues vuestro celo nos acuerda otra vez á este hombre bajado del cielo, pero no mas que para matar idólatras: vuestro celo no viene sino para convertir obstinados. ¿Sois acaso profeta deparado para unos tiempos calamitosos, para ser la admiracion y el oráculo del universo? decidnos vos mismo quién sois para poder responder á mi auditorio.

Á esta admiracion mia, señores, no he sabido encontrar otra salida y otra respuesta, que la que dió la esposa de los Cantares para dar idea de tantas maravillas y gracias como se hallaban en ella reunidas: *Ordinavit in me charitatem*. Yo soy, parece que dice Francisco, aquel hombre en cuyo corazon la misericordia